

Capítulo IX

Donde se concluye y da fin a la
estupenda batalla que el gallardo
reicabro y el valiente manchego
tuvieron

Dejamos en la primera parte de esta historia
al valeroso reicabro y al famoso don Quijote con las
espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos
furibundas fendientes, tales, que, si en lleno se acertaban,
por lo menos se dividirían y fenderían de arriba
abajo y abrirían como una granada; y que en
aquel punto tan dudoso paró y quedó destorcada
tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su
autor dónde se podría hallar lo que de ella faltaba.
Causarme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de
haber leído tan poco se volví en disgusto de pen-
sar el mal camino que se ofrecía para hallar
lo mucho que a mi parecer faltaba de tan
sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y
y fuera de toda buena costumbre que tan buen
caballero le hubiese faltado un sabio que to-
mara a cargo el escribir sus nunca vistas
hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los
caballeros andantes,

CAPÍTULO NOVENO

de los que dicen las gentes
que van a sus aventuras,

porque cada uno de ellos tenía uno o dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. Y, así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta, o consumida.

Por otra parte, me parecía que, pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como *Desengaño de celos y Ninfas y pastores de Henares*, que también su historia debía de ser moderna y que, ya que no estuviese escrita, estaría en la memoria de la gente de su aldea y de las a ella circunvecinas. Esta imaginación me traía confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agavilas, sacar a viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus cestos y platabrenes y con toda su virginidad a cuestas, de monte en monte y

CAPÍTULO NOVENO

de valle en valle: que si no era que algún felloñ o algún villano de hacha y capellina o algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que, al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día debajo de tejado y se fue tan entera a la sepultura como la madre que la había pauido. Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aún a mí no se me deben negar, por el trabajo y la diligencia que puse en buscar el fin de esta grande agradable historia; aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudan, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó, pues, el hallarla en esta manera:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y víle con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve

CAPÍTULO NOVENO

mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara.

En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y, leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

Pregúntele yo que de qué se reía, y respondiome que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

- Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: "Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha".

Cuando yo oí decir "Dulcinea del Toboso", quedé atónito y suspeso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía:

Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por

CAPÍTULO NOVENO

Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro, y, salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Aparteme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volbiese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentose con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le traje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno, puestos en la misma batalla, postura que la hispica cuenta, levantadas las espaldas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del

CAPÍTULO NOVENO

viçcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenía a los pies escrito el viçcaino un título que decía «Don Sando de Azpetia», que, sin duda, debía de ser su nombre, y a los pies de Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan akumado y flaco, con tanto espinazo, tan kético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le había puesto al nombre de «Rocinante». Junto a él estaba sando Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro título que decía «Sando Zarcas», y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el tallo corto y las zarcas cortas, y por esto se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zarcas», que con estos dos sobrenombres se llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias había que advertir, pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera.

Si a ésta se le puede poner alguna alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otro sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores

CAPÍTULO NOVENO

puntuales, verdaderos y nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta se que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba de esta manera:

Puestas y levantadas en alto las coloradoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fue a descargar el golpe fue el colérico vizcaíno; el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, a no volversele la espada en el camino, aquel solo golpe

CAPÍTULO NOVENO

fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las aventuras de nuestro caballero, mas la buena suerte, que para mayores cosas la tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos y, apretando más la espalda en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y a dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso, sacó los pies de los estribos y luego saltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y en pocos corcovos

dio con su dueño en tierra.

Estábasele con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vio caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba visto don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran a donde estaban y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciere tan merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero. Al cual don Quijote respondió, con mucho entono y gravedad:

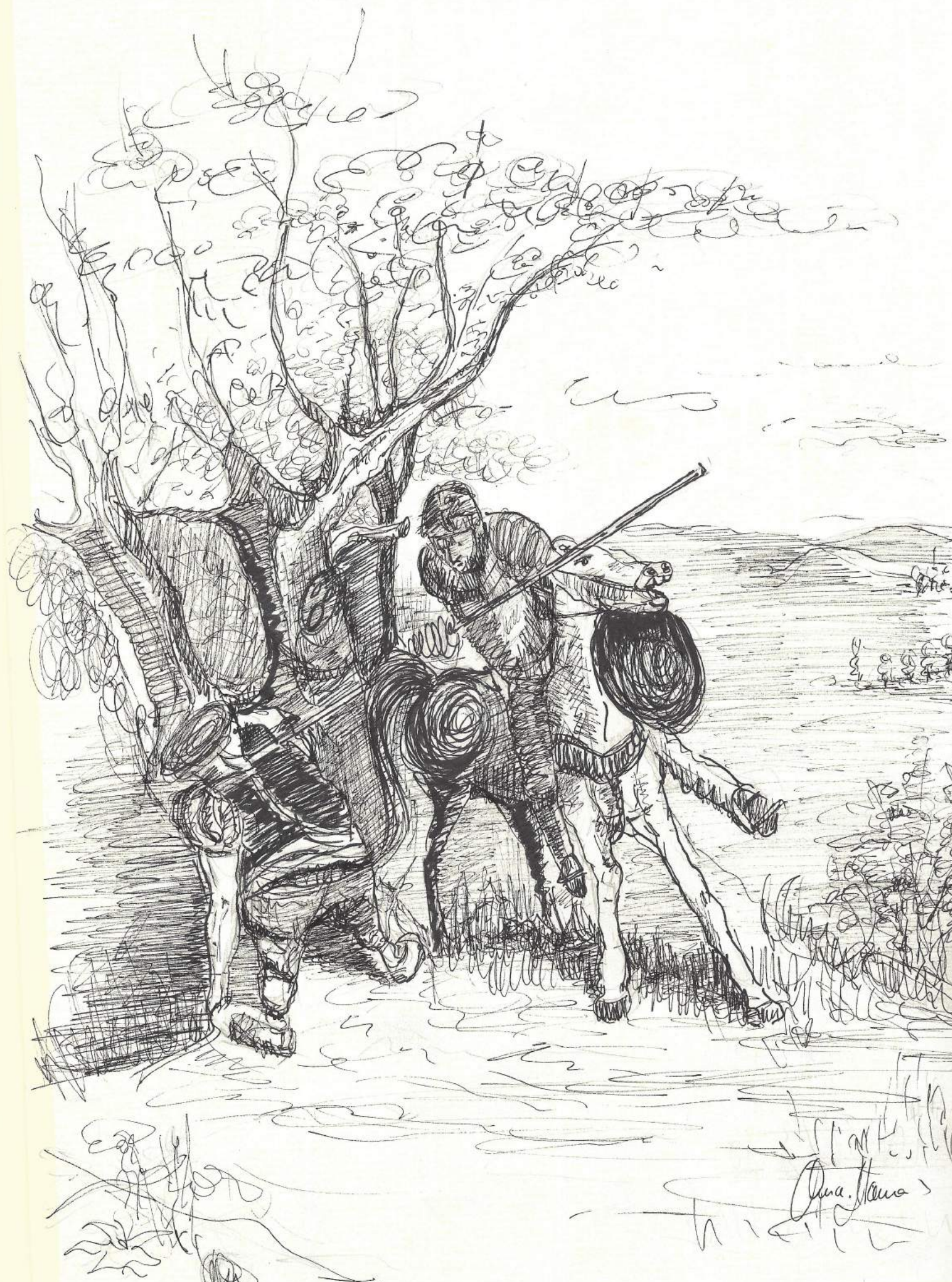
- Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y concierto: y es que este caballero me ha de proponer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la señoría doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que más fuere de su

CAPÍTULO NOVENO

voluntad.

La temerosa y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

- Pues en fe de esa palabra yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.



Qua. Hana

Diagrama de un sistema de
transportación



CAPÍTULO X

De lo que más le avino a Don Quijote con el veciño y del peligro en que se vio con una caterva de yanguéses.

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los moços de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle victoria y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia y que su amo volvía a subir sobre Rocinante, llegó a tenerle el estribo y, antes que subiese, se hincó de rodillas delante de él y, asiéndole de la mano, se la besó y le dijo:

- Sea vuestra merced servido, señor don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió don Quijote:

CAPÍTULO DÉCIMO

— Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, o una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.

Agradecióselo mucho Sancho y, besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó a subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó a seguir a su señor, que a paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguía Sancho a todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fue forzoso dar voces a su amo que se aguardase. Hízolo así don Quijote, teniendo las riendas a Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo:

— Paréceme, Señor, que sería acertado

CAPÍTULO DÉCIMO

irnos a retraer a alguna iglesia, que, según quedó maltrecho aque con quien os combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primeros que salgamos de la cárcel, que no ha de sudar el hopo.

- Calla - dijo don Quijote -, ¿y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?

- Yo no sé nada de omecillas - respondió don Quijote -, que yo te, hi en mi vida le caté a ninguno; solo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

- Pues no tengas pena, amigo - respondió don Quijote -, que yo te sacaré de las manos de los calderos, cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? ¿Has leído en historias otras que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni

CAPÍTULO DÉCIMO

Más maña en el derribar? la verdad sea-
 Respondió Sancho - que yo no he leído nin-
 guna historia jamás, porque ni se lee ni
 se escribir; más lo que osaré apostar es
 más atrevido amo que vuestra merced yo
 no le he servido en todos los días de mi
 vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no
 se paguen donde tengo dicho. lo que le ruego
 a vuestra merced es que se cure, que le
 va mucha sangre de esa oreja, que aquí
 traigo kilos y un poco de unguento blanco
 en las alforjas. - todo eso fuera bien excusado -
 respondió don Quijote - si a mí se me acordara
 de hacer una redoma de bálsamo de
 Fierabrás, que con una sola gota se aho-
 maran tiempo y medicinas. - ¿Qué redoma y qué
 bálsamo es ese? - dijo Sancho Panza. - Es un
 bálsamo - respondió don Quijote - de quien
 tengo la receta en la memoria con el cual
 no hay que tener temor a la muerte, ni
 hay que pensar morir de ferida alguna. y
 así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes
 más que hacer sino que, cuando vieres que
 en alguna batalla me han partido por medio